

REVISTA DE CIENCIAS ECONÓMICAS

Editada por el "Centro Estudiantes de Ciencias Económicas"

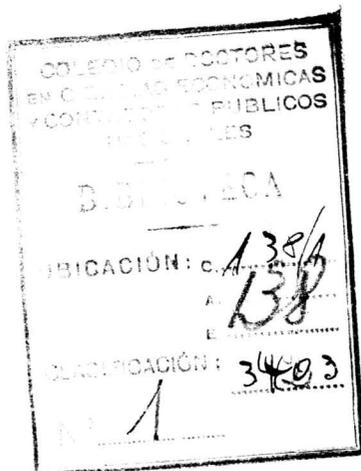
PUBLICACIÓN MENSUAL

DIRECTOR:
ROBERTO A. GUIDI

AÑO 1

JULIO DE 1913

NÚM. 1



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
1835 - CALLE CHARCAS - 1835
BUENOS AIRES

LAS CRISIS

El estudio de este fenómeno de la vida económica de los pueblos ha interesado vivamente a los economistas por la importancia de sus repercusiones en los factores de la riqueza.

Las crisis son enfermedades propias del estado económico actual, en el que impera de manera notable el crédito. Este instrumento de los cambios lleva en su constitución interna grandes ventajas para los pueblos que hacen uso regular y sensato de él; pero cuando ese uso pasa los límites de lo prudencial aparecen las consecuencias del mal que está infiltrado en su ser. La ciencia estadística nos prueba este aserto al citarnos a Inglaterra,—país donde ha tomado gran difusión esta práctica comercial—que ha sufrido las consecuencias de once crisis, en el transcurso de 1763 a 1879, con intermitencias de ocho a doce años. Un economista dice también: «las nueve décimas partes de las transacciones de Inglaterra, Estados Unidos y las tres cuartas partes de las de nuestro continente (Europa) se verifican por medio del crédito. La inmensa superestructura del crédito reposa, pues, en una base metálica muy endeble».

Estas crisis, aunque parezca paradójico decirlo, son un bien para los mercados comerciales y bancarios modernos, pues establecen el equilibrio y ponen coto, aunque de manera violenta y dolorosa, a un estado anormal que perturba la situación regular de los pueblos. Pasado el momento del derrumbe de tantas esperanzas imposibles, de tantos cálculos absurdos, comienza la obra reparadora, sacando por elimi-

nación aquellos componentes malos que apresuraron la caída, para poder así edificar sobre seguro el castillo de las transacciones mercantiles, hasta que un día sus bases sean corroídas otra vez por el oleaje creciente de la pleamar económica.

«Las crisis—dice Laveleye—ya son agudas como la inflamación, ya insidiosas como la anemia, atacando a veces a varias naciones unidas por vínculos estrechos, como ocurrió con la de 1857, que comenzó en Estados Unidos y dió la vuelta al mundo, afectando de diversa manera a los países por donde pasó. Se diría que son como los huracanes que azotan las llanuras argelinas y llevan su soplo abrasador por el Mediterráneo hasta las hermosas playas del Mediodía. Esto nos prueba la importante verdad de que, para el mal como para el bien, la solidaridad del género humano se hace cada vez más efectiva».

Otras crisis, como la que nos afectara tan hondamente desde 1880 hasta 1892, se concretan a su foco de origen.

El observador científico, para efectuar un análisis metódico, ha dividido la crisis en tres períodos, que se relacionan y complementan tan íntimamente que no se produce el segundo sin haber terminado la evolución del primero.

El período inicial o *de preparación*, es decir, de engrandecimiento y prosperidad general, sucede al debilitamiento e inercia ocasionados por el cataclismo, y su reacción lenta tiende al equilibrio normal de la naturaleza económica. Terry, refiriéndose a este período posterior a la crisis de 1891, decía: «Ayer, quiebras, corridas de banco, empobrecimiento general, pesimismo y desesperación. Hoy, con la calma en el espíritu y con la normalidad en la situación, nuevas esperanzas, nuevos deseos comprimidos aún, nuevas aspiraciones. Pasan los días, los meses, los años; el ahorro aumenta, la confianza vuelve poco a poco, el crédito se extiende a la manera de tranquilas aguas, fecundando los campos y el esfuerzo humano. Nos encontramos ya en pleno período de renacimiento. Lástima grande que no sea eterno este período!».

Pero cuando la especulación ha llegado al paroxismo, cuando la producción es reducidísima o el ambiente presagia conflictos de carácter grave y amenaza a la tranquilidad general, cuando la política financiera de los gobiernos no tie-

ne normas eficientes de conducta, se produce el derrumbe, viene la crisis, y el pesimismo invade el corazón de todos.

«Éstéril es el estudio de este período, porque para demoler no hay reglas ni principios comprometidos ni opiniones encontradas ni discusión posible. Caen los débiles, arrastrando consigo a los fuertes; caen aquellos que forjaron riquezas ficticias, basadas en los precios de especulación. Y caen porque tenían que caer. Su quiebra era algo fatal, algo más, era indispensable a los fines de la evolución de las crisis y por razón de las leyes económicas y naturales que rigen a toda sociedad organizada».

Después de estos cataclismos comerciales la situación tiende a normalizarse, porque las causas han desaparecido, porque es además la tendencia lógica y justa que se manifiesta después de hondas convulsiones. Este período es el *de liquidación*. Su evolución es lenta, pero marcha con seguridad porque los compromisos son cumplidos por los que no fueron aplastados en la caída, porque el ahorro nacional aumenta por el esfuerzo común, haciendo concebir halagüeñas esperanzas y la brillantez de una nueva era.

Muchos economistas han observado la periodicidad de estos desastres económicos y algunos asignan su repetición cada diez años más o menos.

El economista inglés W. Stanley Jevons cree encontrar las causas de esta repetición en estos hechos: las manchas solares y la mayor corriente calórica emanada en períodos medios de 10 a 11 años originan una abundancia en las cosechas y, por consiguiente, hacen que los negocios tomen gran impulso; pero bajan esas calorías y los resultados ahora son inversos, lo cual trae aparejado el desequilibrio. Sin embargo no quiere decir esto que la periodicidad de las crisis obedezca a una ley inquebrantable.

Las principales causas de crisis suelen ser:

1^o. — La insuficiencia de producción nacional, para responder el consumo, obliga a traer del extranjero las mercancías necesarias y, como para cubrir los saldos de la balanza comercial deben efectuarse los pagos en metálico, se exporta oro; de lo cual resulta: escasez de metálico, acompañada de la depreciación del papel moneda, si lo hay; la tasa del descuento e interés experimenta una alza y, por consiguiente, bajan los precios de las mercaderías; la pro-

riedad se desvaloriza enormemente. Estas son las llamadas *crisis monetarias*, las más perniciosas pues atacan a todo el organismo económico ; pero por suerte han sido las más estudiadas, y sus primeras manifestaciones son muy notorias, dando así motivos para que la banca reguladora de la estabilidad comercial dicte medidas preventivas.

La gran absorción interior del capital — dinero invertido en industrias o empresas que no producen de inmediato — puede también ocasionar las mismas consecuencias : disminución de los recursos bancarios, restricción del crédito, paralización de los negocios, atraso en los pagos, quiebras ; con todo lo cual se habrá falseado todo el mecanismo financiero.

2º. — Las características de las épocas de prosperidad : la abundancia de capitales, la facilidad en las negociaciones y la baja del interés, excitan la facultad creadora de los especuladores, quienes fundan entonces sociedades de ferrocarriles, explotaciones forestales y ganaderas, fábricas, etc. La esperanza de obtener buenos beneficios hace que suban las acciones. La compra-venta de éstas crea fortunas en poco tiempo. La aspiración incontenida de los hombres, la confianza en un porvenir risueño, la sed infinita de riqueza, llevan a los poderosos y a los débiles a forjar planes de engrandecimiento, basados en operaciones peligrosas, en las cuales arriesgan sus fortunas, sus ahorros o su honor. Si el buen éxito los acompaña, los timoratos que dudaban de él aumentarán el contingente, por esa sugestión propia de las multitudes. Todos los hacendados se contagian de este vértigo de riqueza, proyectan grandes negocios, compran acciones o contraen compromisos sin reflexión. Entonces, el menor soplo de desconfianza en el ambiente comercial, la presunción de que los productos de esas empresas no se vendan, la restricción del crédito, los nuevos empréstitos para obras improductivas, los conflictos políticos, producen la desvalorización de los títulos, la baja alarmante de todos los valores, a excepción del dinero, que se encarece.

Los tenedores de acciones se apresuran a liquidarlas, a cual más rápidamente, y el pánico se apodera del público ; los depositantes de los Bancos exigen imperativamente la devolución de sus fondos y las instituciones se ven obligadas a suspender sus pagos en virtud del retiro imprevisto, como

ocurrió en los Estados Unidos, en 1907, a consecuencia de la especulación sin freno en las acciones del cobre. Recuérdese también un caso análogo que aconteció en Francia, en tiempos de la Regencia, con la Compañía del Missisipi y el Banco creados por Law. Hasta el presente no se conoce un ejemplo igual de especulación, pues aquella llegó hasta el delirio; en el mes de Diciembre de 1719 se pagaron 20.000 francos por acciones de 500.

3º. — Causa muy importante es la guerra, que significa, las más de las veces, el derecho pisoteado por el poderío. Aparte de los fundamentales intereses sociales que ataca, al llevar la antorcha de exterminio y desoiciación, causa lesiones profundas en el organismo económico. Al pasar ese trágico fantasma por encima de los pueblos, toda la vida industrial agoniza, el eco férreo de sus fábricas se pierde en las lejanías, las praderas y los campos son devastados para que sus frutos no sean aprovechados por el enemigo. Agréguese a esto enormes gastos de guerra y se habrá conseguido arruinar a un pueblo o, por lo menos, hacerlo vivir una vida anémica, que se prolongará hasta que una reacción favorable, debida a la laboriosidad de sus hijos, señale el nacimiento de una nueva era de progreso y bienestar.

En los tiempos modernos, la solidaridad se ha extendido y las vinculaciones comerciales se han estrechado. Por eso es que estos conflictos influyen de manera desfavorable en los mercados extranjeros. Teniendo las naciones deudas externas, los títulos representativos sufren una baja considerable, ocasionada por la inseguridad que existe respecto al cumplimiento normal de las obligaciones. Esta baja afecta indirectamente a todas las cotizaciones.

4º. — La obstrucción de las vías comerciales acarrea hondas conmociones; recuérdese si no lo ocurrido cuando la soberbia del águila napoleónica respondió a la osadía del enemigo inglés con el bloqueo continental, aboliendo así todas las relaciones comerciales y políticas de los países aliados. A una política salvaje se respondía con otra aún más salvaje. Inglaterra usurpaba el derecho común de la navegación a todas las banderas y Napoleón, replicando a este atentado, ordenó la clausura de todo un continente. Entonces una crisis arrasó las industrias, desde el Báltico hasta el Mediterráneo, y la miseria reinó en las regiones donde la

guerra completaba la obra devastadora. Inglaterra perdió en esta emergencia un mercado de 200 millones de individuos, pero su industria conquistó otro de 500 millones, esparciéndose por todos los pueblos del globo. Desde ese instante el papellón inglés adquirió la supremacía en los mares.

Cuando la guerra del Norte contra el Sud, en los Estados Unidos, fueron bloqueados los puertos del Atlántico. El resultado de esta represalia repercutió con intensidad en el comercio inglés, pues al cerrarse un mercado de esa magnitud, hubo una superproducción que produjo la baja rápida de todos los artículos y una crisis que por suerte no fué muy intensa.

5°. — Son causa de crisis, pero parciales, las invenciones o descubrimientos que modifican de manera fundamental una industria, o bien la especialización llevada a tal grado que haga que el precio de producción sea inferior, en mucho, al corriente en plaza. También las aplicaciones de las fuerzas de la naturaleza o de la mecánica motivan un aumento excesivo de productos, que llegan a congestionar el mercado; la competencia será entonces imposible y la quiebra o la paralización de los otros establecimientos será cuestión de tiempo.

Cada nuevo jalón en el perfeccionamiento del maquinismo, aparte de traer consigo los peligros de la superproducción, hace renacer el conflicto entre el capital y el trabajo.

Las huelgas, que son a veces la exteriorización de aspiraciones justas hacia el mejoramiento de una vida afligente, agravan en algunas circunstancias, en lugar de mejorar, la situación general. Tenemos un ejemplo en las pasadas manifestaciones de los mineros de carbón, en la Gran Bretaña, que originaron intensas repercusiones en el mundo económico, por las vastas proyecciones que alcanzaron.

Entre las causas de crisis citan algunos economistas al ausentismo y al lujo desmedido. Desconocer la influencia perniciosa de ellos sería temerario; no obstante, creemos que sus consecuencias son de orden secundario, no ocasionan casi nunca un pronunciado desequilibrio en la fuerza productora. Sin embargo bueno será el inculcar en el espíritu de todas las clases la austeridad, base sólida para elevar a los pueblos al pináculo de la grandeza moral y material.

Una producción exigua de materia prima ocasiona serios trastornos a las industrias derivadas, produciendo las llamadas «crisis de déficit». Podría citarse como ejemplo el cierre de la mayoría de las hilanderías inglesas, cuando la guerra de Secesión, porque la falta de brazos y las dificultades del trabajo paralizaron los cultivos de algodón en Virginia, Carolina, etc.

Después de estas breves generalidades, me permitiré diseñar, a grandes rasgos, el estado por que atraviesa nuestra economía.

Dos años hace, las heladas, luego la langosta y las sequías, redujeron enormemente los resultados haigüños que se es esperaban de la cosecha, influyendo ello de manera directa en el movimiento comercial del país.

Al año siguiente la producción agrícola fué abundante. Pero cuando la cosecha había sido levantada y se enviaba a las estaciones, para ser transportada a los grandes mercados de Europa, vino la huelga ferroviaria, mal grave en esas circunstancias, tanto más cuanto que en Rusia, Norte América y los Balkanes, las condiciones climáticas y el estado de los cultivos auguraban excelentes beneficios. Toda nuestra inmensa producción quedaba estancada: guardada en vagones y depósitos o abandonada a las inclemencias del tiempo, por lo cual se inutilizó alrededor de una quinta parte de los frutos.

Aquella huelga fué un acto de solidaria protesta, un hecho de defensa gremial cuyas finalidades, benéficas para intereses particulares, perjudicaban los intereses de la nación entera.

La opinión pública criticó acerbamente el egoísmo, la mezquindad de los directorios londinenses al rechazar el justo pedido, formulado por los trabajadores, para que se les mejoraran los salarios, desde que las condiciones de vida se hacían imposibles merced al aumento constante en el precio de los artículos de primera necesidad y de los alquileres. Mientras tanto nuestros poderes públicos, con la modorra que los caracteriza, pensaban en arbitrajes que nada resolvían...

Este conflicto influyó durante ese año en el mercado comercial; la exportación se atrasó tres meses; los fletes por

agua se encarecieron—consecuencia inmediata de la mucha demanda—en fin, todas estas causas, uniéndose, comenzaron a crear dificultades en el mundo mercantil.

También debemos inculpar del malestar económico a nuestros gobiernos, que comprometen el crédito de la nación en las bancas europeas de tal manera que es necesario, para redimir nuestros empréstitos, destinar más de la quinta parte de los ampulosos presupuestos al pago de intereses y amortizaciones. Además hay que tener en cuenta la mala orientación que se da a la riqueza común, el plan desacertado de obras públicas, cuyas finalidades, más o menos inmediatas, no responden a las necesidades y exigencias del presente ni tienen la necesaria coordinación para responder a la evolución del medio económico y al desarrollo de las fuentes de la riqueza nacional.

Por otra parte, estamos palpando las consecuencias del estado febricitante por que pasaron las operaciones en tierras.

Un lustro hace que la agricultura, la ganadería y en general todas nuestras industrias habían llegado a marcar un grado tal de prosperidad, traducida en magníficos «superavits» económicos, que trajo como consecuencias: la afluencia de nuevos capitales destinados a fecundar el esfuerzo argentino y el aumento constante de las corrientes pobladoras, que venían a recibir el noble abrazo de este pueblo y a prosperar mediante el ejercicio de sus actividades. En fin, proyectos de irrigación, de canales, leyes de fomento y de ferrocarriles, desgraciadamente irrealizados en gran parte, eran los hechos que hacían concebir un mañana venturoso. Ante estas perspectivas, ¿cómo dudar del buen éxito, en el futuro?

Y la especulación se avivó con el influjo de esos espejismos.

La culminación de esa época de transacciones rápidas, de colosales remates y negociaciones sorprendentes, fué a mediados del año 1911. Doce meses después, en el ambiente reinaba la desconfianza. Y en los últimos tiempos apoderose de nuestros centros bursátiles un marcado pesimismo. En el «Stock Exchange», Bolsas de París, Berlín, etc., multitud de empréstitos de valores oficiales, títulos de renta y debentures fracasaron ruidosamente.

La característica de este año es una prudente expectativa o retirada, como se quiera; una abstención casi completa es el rasgo típico en este compás de espera.

Una depreciación lenta, gradual, se nota en todas las tierras y, especialmente, en las ubicadas en la zona central, que son las que experimentaron desde hace muchos años una inflación desmedida, inmotivada hasta cierto punto, pues la evolución progresista, en lo que se refiere a ferrocarriles y población, ha llegado a límites muy avanzados en la región agrícola, siendo resultado de esto que el movimiento directriz de estas energías vivas se encauza hacia otras zonas de condiciones más ventajosas, tanto por la baratura en los precios de los campos, cuanto por la enorme riqueza contenido en ellos y la seguridad de elevados intereses por el capital.

Las tierras sufrirán la acción directa del descenso de los valores, hasta que se haya encontrado el justo medio, el equilibrio normal entre la oferta y la demanda.

Otros factores, cuya extensión e importancia no era posible prever, coadyuvaron en el límite de su esfera a crear dificultades.

Aviváronse en Europa las eternas rivalidades de raza y de religión, y la exteriorización de los rencores aletargados, pero no extinguidos, evidenciaron la imposibilidad de los ideales pacifistas y la inutilidad de los tribunales internacionales de arbitraje, mientras la ley de la conquista sea la norma de conducta de *las cultísimas y civilizadas* naciones europeas. El año pasado tomaron forma esas latentes disensiones de la diplomacia de allende los mares. Estas alteraciones en la paz infundieron una desconfianza ilimitada a los centros bursátiles y económicos, de suyo sensibles a las alteraciones políticas del mundo, trayendo como consecuencia la paralización en las operaciones iniciadas o el fracaso de las proyectadas.

Aparte de estos fenómenos lamentables, las naciones beligerantes contrataron empréstitos por un valor aproximado de 600 millones de francos, efecto de lo cual fué la carestía del dinero.

Ya que el mal aflige a nuestro organismo económico, debe dársele a éste medios de defensa suficientes para in-

fundirle nuevas energías, de tal manera que responda a la complejidad de funciones que llena en la sociedad; medios cuya potencialidad resistan, como decía el Dr. Zeballos, «a las contracciones que producen las vicisitudes naturales del trabajo vertiginoso de las nuevas civilizaciones».

Una institución de redescuentos vendría a aliviar muchísimo las situaciones peligrosas; pero a condición de que ejerza su influencia únicamente en estos casos y no como una función normal.

Esta institución sería el reactivo poderoso que intervendría favorablemente en estas situaciones que detienen la evolución de la vida comercial.

Nuestros estadistas deben traducir de una manera precisa la situación por que atraviesa la economía nacional y, en consecuencia, fijar rumbos nuevos a nuestras finanzas, reprimiendo la tendencia al aumento en los presupuestos y reduciendo al mínimo los gastos públicos. No debe, pues, hacerse sobrellevar al país presupuestos tan crecidos como los actuales, propios de situaciones desahogadas y brillantes.

Además, no debe perderse de vista el efecto que producirían en Europa estas medidas de alto gobierno. En una palabra: suprimir radicalmente muchos gastos superfluos, reducir a la menor expresión una cantidad de engranajes inútiles de nuestra administración pública, tal debe ser la norma de los buenos gobiernos.

Otra cuestión importante en esta metrópoli, principio de donde nacen dificultades crecientes para la vida obrera, es la continua afluencia de individuos que vienen de lejanas tierras para la consecución del bienestar, buscando medios más amplios de existencia, y se estacionan en los centros fabriles que no tienen todavía la contextura suficientemente desarrollada para responder a todas las solicitudes de jornales. De aquí nace, en gran parte, el encarecimiento de los artículos de primera necesidad, la disminución en los jornales por la oferta inusitada de brazos.

Débase inculcar en el ánimo de esta gente que el porvenir venturoso no está exclusivamente en las fábricas sino, muy al contrario, que los horizontes más radiantes

están en las pampas, en los bosques, allí donde la vida se desenvuelve más al contacto con la madre infinitamente pródiga, la Naturaleza.

Todas esas familias diseminadas en el territorio argentino, generoso para todas las manifestaciones del trabajo, serían núcleos generadores de riqueza que formarían el sólido pedestal de la grandeza incommovible del futuro.

VÍCTOR L. BARON PEÑA.
